

máximo simpson grinberg*

ficción y realidad político-social: algunas reflexiones críticas

I. Utopía y antiutopía: de la “anticipación” a la crítica social

Por razones de espacio, no me referiré a la primera parte de la exposición del Profr. Cassigoli, tan rica en sugerencias y agudas reflexiones. Me limitaré, pues, a comentar lo atinente a las novelas de “anticipación” o “antiutópicas”.

Antes de detenerme en el análisis específico –aunque somero– de las obras mencionadas por el ponente, obras calificadas por él como “reaccionarias” y caracterizadas de manera general como antiproyecto conservador frente a los cambios sociales, intentaré pasar revista a los conceptos en que el autor fundamenta su juicio. Así, si la utopía representa, entre otras cosas, la expresión de una **clase social en ascenso** y, además, “juventud en pleno”, “esperanza revivificada” y “fe meliorativa en el hombre y sus posibilidades de bien”, la antiutopía implicaría:

- a) Antiproyecto conservador;
 - b) miedo al futuro, desengaño, temor al cambio, espíritu conservador y por ende reaccionario;
 - c) expresión de la burguesía en su ocaso, que es ya incapaz de concebir nuevas utopías;
- consecuentemente, las obras calificadas como antiutópicas tendrían en común:

* Investigador de tiempo completo del Centro de Estudios de la Comunicación, FCPyS, UNAM.

d) temor al futuro, horror, falta de vitalidad, cansancio, conservadurismo implícito y explícito, falta de proyecto histórico, ausencia de programa político coherente, futurista y **vital**.

Muy de pasada, al final de su exposición, Cassigoli hace una necesaria distinción entre las novelas que califica de "simplemente reaccionarias" y las que "implican una crítica social al presente tomando como pretexto al futuro". Sin embargo, tal distinción es invalidada por el propio Cassigoli al ofrecer inmediatamente esta otra generalización: "... espíritu conservador y por ende reaccionario: ésa es la antiutopía en esencia".

En definitiva, **todas** las novelas de anticipación que muestran un futuro terrible para la humanidad serían reaccionarias **per se**, con lo cual se deja de lado o minimiza uno de sus aspectos fundamentales: no es posible comprender el significado de tales obras si no damos la debida importancia al hecho de que en muchas de ellas (**La naranja mecánica**, **Farenheit 451**, **Un mundo feliz**, etcétera) el elemento de anticipación es desplazado por la crítica social, por la impugnación descarnada de un orden que ya no pertenece a los campos de la mera ficción, sino al mundo de lo **real**, a la cotidianidad de cada uno de nosotros, y es expresión de un contexto político-social que modela y asfixia la vida de muchos millones de personas bajo regímenes de distinta, similar u opuesta denominación.

Como suele ocurrir con frecuencia, la realidad supera incluso a la ficción, y los prestigiosos infiernos de la literatura deben ceder su primacía ante los modestos y a veces inadvertidos (por ceguera natural o voluntaria) infiernos de la realidad cotidiana.

Ahora bien: si gran parte de tales obras implican una crítica social irónica, irreverente y a la vez implacable, ¿por qué el autor las califica como reaccionarias? En primer lugar, según parece desprenderse de sus afirmaciones, por su carácter **pesimista**, y a la vez porque en algunas de ellas se caricaturiza un modelo de sociedad (el "socialismo" burocrático) que es para muchos el polo opuesto del capitalismo y una realidad esperanzadora. Pero hay otro elemento que tal vez permita comprender lo que a mi juicio constituye un error de óptica: el hecho de que esta crítica social se haga frecuentemente desde un punto de vista que podríamos calificar de liberal o liberal-anarquista; todo ello parece tener una consecuencia: desestimar la descarnada crítica al capitalismo, a la sociedad industrial de masas que puede leerse incluso en obras como **Un mundo feliz** y **1984**, sobre todo si tenemos en cuenta las características cada vez más semejantes de ambos sistemas,

identificados por un creciente autoritarismo;¹ por otra parte, al poner el énfasis de la reflexión sobre aspectos coyunturales como el uso que de algunas obras ha hecho la propaganda derechista (específicamente durante la “guerra fría”), no se distingue entre el texto mismo y el uso que de él pueda hacerse: cabe insistir, sin embargo, en que pocas novelas sociales constituyen una denuncia más feroz y lúcida del capitalismo, de la sociedad industrial monopólica, que algunas obras de Bradbury o **La naranja mecánica**, de Burgess.

Comenzaré diciendo que considero un grave error adscribir el pesimismo, sin más, a una concepción reaccionaria. La visión pesimista del mundo no siempre determina (al menos no necesariamente) una actitud quietista ni obliga a ser partidario de los monopolios y de la propiedad privada de los medios de producción. De hecho, el pesimismo es más fecundo que el optimismo superficial, negador de la realidad, trampa en la que caen quienes temen ver el mundo en su tremenda y descorazonadora (o incitante) complejidad. Me parece necesario reflexionar sobre este lugar común de la izquierda, verdadero muro de equívocos que impide una aproximación rica, fecunda y creadora a los fenómenos sociales y culturales. Para mí, no hay obras más vitales, poderosas y movilizadoras que **El Castillo** y **El proceso** de Kafka (sugestivamente prohibidas durante muchos años en Checoslovaquia y otros países del bloque soviético), precisamente por su pesimismo radical. Contrariamente, pueden hallarse pocos ejemplos de literatura más paralizante que algunos productos del llamado “realismo socialista”, en los cuales se escamotean los verdaderos conflictos sociales, humanos e históricos de los personajes; se los deshumaniza y se ofrece a los lectores un optimismo de recambio, de trivial factura “progresista”, que implica otra forma del tan meneado “escapismo”... Nunca se insistirá demasiado, a mi juicio, en el elemento catalizador contenido en el pesimismo, en la desesperación, como factor vital de extraordinaria importancia. Es casi obvio (aunque no lo parezca) que sin una aproximación veraz, sin concesiones “esperanzadoras” al carácter de los fenómenos, es imposible suscitar una reacción adecuada al tamaño de la situación que vive el hombre contemporáneo; es imposible, sin tocar a fondo en esa realidad, sin asumir el callejón en que nos encontramos debido al avance global del autoritarismo

¹ La teoría de que comunismo y capitalismo convergirán fue lanzada por optimistas con la esperanza de que el primero se tornara más liberal y el segundo más socialista. Pero esa convergencia –a menos que en todas partes las mentes independientes se pongan en guardia– puede desarrollarse de manera menos feliz. Las formas capitalista y soviética de sociedad no podrían tomar una de otra lo mejor, sino lo peor. (I.F. Stone, “La traición de la psiquiatría”, *Plural* No. 6, marzo de 1972, p. 38).

y la enajenación, atisbar salidas posibles desde una perspectiva que el suscrito quiere socialista, democrática y plural. Incluso de un caso extremo como **Señor de las moscas**, que exhibe un pesimismo radical, es posible extraer elementos vitalizadores; es, precisamente, el tipo de antiutopía capaz de precipitar la crisis que lleve al hombre hacia el rescate de su humanidad, al enfrentarlo con una imagen de sí mismo que es la antesala de la destrucción, de la pérdida de su condición humana.

El tema es complejo y, desde luego, no puede despacharse en unas pocas líneas. Sin embargo, deseo hacer hincapié en dos puntos: a) la necesidad de distinguir entre el pesimismo radical de orden biológico y cósmico, y el pesimismo particularizado que puede referirse al aspecto político, religioso, cultural o social; al respecto, Henry Vyverberg ha señalado: "... podemos encontrar un 'pesimismo moderado' en Montesquieu, el cual manifiesta que toda la cultura está sometida a los procesos de crecimiento, decadencia y desaparición; un 'pesimismo optimista' en Voltaire, consecuencia de la combinación de una actitud pesimista ante la historia con un optimismo racionalista; un 'pesimismo desilusionado' –o mejor dicho, engendrado por la desilusión– en Diderot; un 'pesimismo social' en Vauvenargues, surgido de un análisis implacable de la conducta del hombre en sociedad; un tipo (distinto del de Voltaire) de 'pesimismo optimista' en Holbach", etcétera; b) en cuanto al pesimismo radical, no es posible identificarlo, en todos los casos, con una conducta social quietista o reaccionaria, pues muchas veces produce, precisamente, los efectos contrarios: una rebeldía también radical ante la condición humana en sí misma y ante las condiciones de la existencia, que no deriva necesariamente en un desahogo nihilista. O para decirlo con las palabras de Píndaro: "Oh, alma mía, no aspire a la vida inmortal, pero agota el campo de lo posible". El pesimismo sería, aquí, no estación terminal sino punto de partida.²

Por otra parte, es necesario hacer una distinción entre **desesperación vivencial** y **desesperación cultural**. Dice al respecto Jorge Bosch en **El cierre de los jardines de Occidente** (Buenos Aires, Editorial Kraft, 1967): "La desesperación vivencial es fundamentalmente desintegradora, entorpece la inteligencia, priva al individuo de sus sentimientos más equilibrados y lo empuja aceleradamente hacia una situación de desamparo total, hacia la claudicación de sus propias defensas: la desesperación vivencial inferioriza. La desesperación cultural, en cambio, a la que puede llegarse por meditación directa o por encuentro con una obra de arte, es un

² La cita de Vyverberg ha sido tomada de: Ferratel Mora, José, **Diccionario de Filosofía**, 3a. Reimpresión de la 5a. ed., Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1975, p. 410.

fenómeno que, por el hecho mismo de producirse a través de los mecanismos más sutiles y elaborados de la personalidad, agudiza las capacidades naturales, perturba el pensamiento pero lo obliga a hacerse más lúcido". Y agrega más abajo, como corolario de esta reflexión: "Mirada desde este punto de vista, la alternativa del arte no se resuelve en la oposición optimismo-pesimismo, sino en la más ruda antinomia conformismo-problematización".

Todo ello se refiere al problema del pesimismo en términos generales. Pero mi discrepancia se acrecienta al abordar, desde este ángulo, algunas obras en especial. Bastaría un solo ejemplo, el de **Fahrenheit 451**: quien relea el final de esta obra hallará que no todo es "temor al cambio" sino (al menos en éste y otros casos) justamente lo contrario: después de la guerra supuestamente atómica, el hombre parece resurgir, merced sobre todo al cultivo consciente de la memoria histórica. Reflexiona un personaje, uno de los tantos marginados por la sociedad inquisitorial e incendiaria que se describe en la obra:

"Encontraremos a muchos solitarios la semana próxima, y el mes próximo, y el año próximo. Y cuando esta gente nos pregunte qué hacemos, podemos responder: recordamos. Así triunfaremos en última instancia. Y algún día recordaremos tanto que construiremos la más grande excavadora de la historia y cavaremos la tumba más grande de todos los tiempos y echaremos allí la guerra, y cubriremos la tumba".³ Dice después el hipotético relator: "Y del otro lado del río se alzaba el árbol de la vida con doce clases de frutos, y daba sus frutos todos los meses. Y las hojas del árbol eran la salud de las naciones".⁴

Como es obvio, no compartimos la interpretación de Cassigoli, quien califica a esta obra como "negadora de los valores humanos".

Otro ejemplo en este sentido es el de **Los mercaderes del espacio**, novela en la que una organización secreta, infiltrada en todos los poros de la sociedad, lucha por salvar el planeta de la depredación a que es sometido por un capitalismo feroz.⁵

Me detendré ahora, con cierta extensión, en la crítica social implícita y explícita en algunas de tales obras, que a mi parecer expresan un nuevo realismo con el pretexto de la "anticipación" y que, lejos de ser un mero artilugio para la defensa del **status quo**, constituyen las primeras novelas críticas del neocapitalismo, el

³ y ⁴ Ray Bradbury, **Fahrenheit 451**, Buenos Aires, Ediciones Minotauro, pp. 147-148.

⁵ F. Pohl y C.M. Kornbluth, **Los mercaderes del espacio**, La Habana, Instituto del Libro, 1969. Esta obra muestra, sí, un futuro terrible, dominado por unos cuantos monopolios, y el espacio estelar supeditado a la voracidad de los mercaderes; pero tal pesimismo respecto al futuro es más bien una grave advertencia que una invitación a la pasividad.

realismo-ficción de la nueva era hegeliana presidida por las Transnacionales y/o la Razón de Estado. Veamos algunos ejemplos:

Como lo sabe cualquier persona medianamente informada, la pirotecnia apocalíptica de **Fahrenheit 451** es hoy una realidad corriente en muchos países del mundo: basta recordar los autos de fe ejecutados con fervor patriótico por los militares argentinos, y los vastos Index inquisitoriales elaborados en Buenos Aires o en Santiago de Chile, en Praga, en Pekín o en Moscú; pero hay mucho más que esto: el Estado Autoritario avanza y se defiende, aquí y allá, con medidas extremas, y estas medidas no constituyen simples fenómenos superestructurales; responden a la esencia misma del Estado (disfrazado de "socialista" o "democrático") y van con frecuencia, mucho más lejos que la ficción literaria. En **Fahrenheit... informa un personaje que hay en ese hipotético país** (supuestamente USA) un millón de libros prohibidos, y "la palabra intelectual se convirtió en la interjección que merecía ser"; y, según otro personaje, hay que quemar los libros para ser "felices", porque suscitan pensamientos y conflictos inquietantes ("Fuera los conflictos. Mejor aún, al incinerador").⁶ Pero en la vida real suele irse aún más lejos: en algunos países mandan al incinerador no sólo los libros, sino también a sus autores, y en cantidades nada despreciables; en la ficción "anticipatoria" de Bradbury, el psiquiatra quiere saber por qué a una adolescente le gusta "andar por los bosques y mirar los pájaros y coleccionar mariposas"; en la URSS, los servicios de las cárceles-hospitales psiquiátricos quieren saber mucho más y funcionan con regularidad —según denuncias explicitadas en congresos internacionales—, aunque no conocemos exactamente su nivel de eficacia.

En **La naranja mecánica** se aplica a los delincuentes la **técnica de Ludovico**, para convertir en "bueno" a un hombre "malo", para "destruir el reflejo criminal"; esta técnica suprime la agresividad, anula la voluntad del individuo y lo convierte en un guiñapo, en un subhombre; según manifiesta un personaje de la novela, una vez concluido el tratamiento ya no estamos frente a un malhechor, pero tampoco ante un hombre, pues ya no es "una criatura capaz de elección moral".⁷

¿Ficción? ¿Antiutopía pesimista? ¿Literatura reaccionaria? ¿Fantasmas del anticomunismo? Veamos lo que ocurre, no sólo en

⁶ R. Bradbury, **Op. cit.** pp. 36, 57 y 58.

⁷ Anthony Burgess, **La naranja Mecánica**, 4a. ed., Buenos Aires, Minotauro, 1973, p. 115. Es oportuno señalar que el peculiar idioma en que se expresan los personajes, mezcla de inglés y ruso, apunta precisamente a un objetivo: hacer hincapié en el carácter global de un proceso totalitario que se está produciendo tanto en el mundo "socialista" como en el autodenominado "mundo libre".

la novela sino en la URSS y en los Estados Unidos de América. En este último país, escribe John Saxe Fernández, “las olas del crimen” y las campañas tendientes a promover el **Estado Terapéutico** constituyen dos estrategias de acción y justificación ideológicas netamente contrarreformistas”.⁸

Como sucede en **Fahrenheit** . . . , en la democracia del Norte el concepto de criminalidad ha sufrido una reveladora ampliación en cuanto a su significado. Dice Saxe Fernández:

Como se presenta ahora, el “orden establecido” está recurriendo tanto a las terapias de “modificación de comportamiento”, incluyendo la notoria pacificación emocional e intelectual que produce la neurocirugía y la manipulación intracraneal por medio de electrodos, hasta las compulsivas campañas policíacas que empezaron a cobrar intensidad desde 1968.⁹

En esta atmósfera, no es extraño que se produzcan iniciativas como la también comentada por Saxe Fernández:

Una propuesta reciente para que el gobierno federal de los Estados Unidos erogara fondos para adiestrar a doscientos neurocirujanos para “operar” sobre uno o dos millones de “esquizofrénicos” (Breggin, 1973) parecería sugerir que el concepto de “esquizofrenia” es una categoría política que pertenece a una condición de guerra interna”.¹⁰

Concepto de esquizofrenia como categoría política: quienes deseen saber cómo funciona este concepto en la URSS, no tienen más que realizar una breve visita al Instituto Serbsky de Psiquiatría Forense, protegido por puertas de acero que se deslizan eléctricamente y un rígido sistema de seguridad que incluye el uso de soldados de guardia.¹¹ Puede, también, revisar los informes diagnósticos difundidos por Amnistía Internacional.

A ello habría que agregar lo siguiente: si todo disidente es a la vez un criminal y un esquizofrénico, todo esquizofrénico es a la vez “recuperable” para la sociedad, tal como sucede en **La naranja mecánica** y en el submundo de la vida real: todos sabemos que las corporaciones policíacas y las bandas armadas que en América del Sur (y también en Centroamérica) se dedican a incinerar, indiscri-

⁸ John Saxe-Fernández, **De la seguridad nacional**, México, Editorial Grijalbo, S.A., 1977, pp. 60, 62 y 66.

⁹ **Loc. cit.**

¹⁰ **Idem.**

¹¹ Stone, I.F., **Op. cit.**, pp. 38 y ss.

minadamente, libros, intelectuales, obreros, obras de arte y campesinos insuficientemente lobotomizados, cuentan en sus filas con muchos delincuentes que han logrado su completa "recuperación": en tal sentido, el destino final de Alex y sus ex compinches en **La Naranja**... no hace más que ilustrar –con un lenguaje entre irónico y desaprensivo, impersonal y jubiloso– la lógica implacable de los sistemas autoritarios.

Podemos decir entonces, respecto al carácter "anticipatorio" de estas ficciones, que ellas nos muestran, como acota Carlos Fuentes citando al novelista checo Milán Kundera, que "el porvenir ya **tuvo lugar**, bajo nuestras narices, y huele mal".¹²

Discrepo también con la interpretación de Cassigoli respecto a **Un mundo feliz y 1984**. En lo que se refiere a la primera de estas obras, cabe señalar que esta crítica irónica apunta a dos objetivos: es aplicable tanto a ciertos aspectos de los llamados países "socialistas" como del capitalismo desarrollado; en suma, a las modernas sociedades industriales, sociedades de masas en que los supremos valores no están centrados en el hombre, sino en categorías como la **Producción** o el **Consumo**, y donde la "felicidad", como sinónimo de conformismo, es la antípoda de la verdad. En segundo lugar, si analizamos detenidamente el carácter de los personajes, veremos que Lenin, Marx y Watson (**Un mundo feliz**) son tal vez las únicas **personas** de esta sociedad asfixiante; o, al menos, robots, individuos superacondicionados, fabricados en serie, que tratan a tientas de convertirse en personas, que intentan sentir y comprender. Está de más decir, entonces, que de mi lectura no se deduce que esos apelativos impliquen una simple caricaturización de tales personajes históricos. Luego, cabe observar la reiterada mención a las técnicas de persuasión a que son sometidos los individuos durante el mismo proceso de incubación y durante el sueño, y al consumismo propio del capitalismo, lo que no permite suponer que se trata, meramente, de una obra "anticomunista" (para emplear una expresión corriente y, por otra parte, tan desvirtuadora). Además, quiero recordar que el personaje central de este mundo seudocientífico, del que se han desterrado por peligrosas todas las manifestaciones de la cultura, es nada menos que Henry Ford, nombre que en la novela se ha incorporado a las formas expresivas y a los usos ceremoniales del lenguaje; he aquí unos pocos ejemplos: **en el año 632 de la era Fordiana/ en el año 214 de Nuestro Ford/ ¡Oh Ford!** –dijo cambiando de tono ¡He despertado a los chiquillos/ ¡Inspector! ¡Qué inesperado placer! ¡Quién os creéis que es, chicos...? El Inspector, **Su Forderia/ ... Me dijo que lo pensara y me contestaría esta semana.**

¹² Carlos Fuentes, "El otro K", Rev. **Vuelta** No. 28, México, marzo de 1979, p. 29.

¡Oh Ford, Ford, Ford! / -¡Cómo les odio, oh, Ford!- pensaba Bernard Marx / Y las fiestas del **Día de Ford**. . . / ¡**Gracias a Ford!**, no era el último / -¡Cállate, **por el amor de Ford!** /¹³

Como en gran parte de este tipo de ficción, la cultura y el pensamiento crítico constituyen, también aquí, el supremo peligro; así explica un protagonista la supresión de toda actividad cultural en este mundo controlado por el absolutismo científico: "... nuestro mundo no es el mismo que el de **Otelo**. No se pueden hacer automóviles sin acero, y no se pueden hacer tragedias sin inestabilidad social. El mundo es estable ahora".¹⁴

Sí, el mundo es "estable", pero a veces se producen fallas durante la fabricación en serie de los individuos, como sucedió con Bernard Marx, en cuyo envase se había vertido alcohol por equivocación, lo que explicaría su melancolía y sus opiniones heréticas. Ese accidente es lo que explica también que un individuo como Marx pueda reflexionar de la siguiente manera: "¿qué es lo que experimentaría si pudiese, si fuese libre, si yo no estuviese esclavizado por mi acondicionamiento?".¹⁵ Pero el Estado Científico-Hegeliiano toma sus medidas de prevención, y es así como Su Fordería le habla a otro hereje:

Si tuviese un poco de sentido, comprendería que su castigo es en realidad un premio. Le mandan a una Isla. Es decir, le mandan a un lugar donde hallará la compañía de los hombres y mujeres más interesantes que podría encontrar en todo el mundo. Cuántas personas que, por una u otra causa, han alcanzado demasiada personalidad para poder adaptarse a la vida en común. Cuántas personas no están conformes con la ortodoxia. Cuántas tienen ideas propias. . .¹⁶

Es lo que ocurre, exactamente, en la vida real, donde los Marx del neocapitalismo, "socialista" o "democrático", son guardados en magníficas y siniestras cajas de seguridad, o simplemente se los expulsa del mundo, del planeta feliz construido por los tecnócratas y sustentado en la domesticación de las masas trabajadoras.¹⁷

¹³ Aldous Huxley, **Un mundo feliz**, México, Editores Mexicanos Unidos, S.A., 1977. Las invocaciones y tratamientos referidos a Ford son muy abundantes, y cualquier lector puede ubicarlos mediante una rápida ojeada.

¹⁴ Huxley, Aldous. **Op. cit.**, p. 213.

¹⁵ **Ibidem**, p. 90.

¹⁶ **Ibidem**, p. 219.

¹⁷ Expresa Cassigoli, ironizando sobre el contenido de **Un mundo feliz**: "Conservemos lo que hay, que aunque no es perfecto, es mucho mejor que el mundo de los obreros, pueblos de color, masas incultas y ateas del Tercer Mundo, parece estar diciendo horrorizado el antiutopista **Aldous Huxley**". Pero cabe preguntar: ¿es a un mundo **de obreros** al que apunta la parodia de Huxley? ¿O a una sociedad caracterizada, entre otras cosas, por la supresión de todas las

En cuanto a **1984**: aunque incurre un tanto en la caricatura, es un libro estremecedor y profético. Es la crítica de un mundo dominado por las variantes diversas del "socialismo" autoritario, en el supuesto de un futuro "socialista" universal.

Veamos algunos aspectos de este mundo. En primer lugar, cabe señalar la supresión radical de todo atisbo de sentimiento e identidad personal, e incluso del concepto mismo de vida privada: las telepantallas (que emiten y reciben simultáneamente) instaladas en las plazas públicas, en las paredes de las casas e incluso en los retretes, se encargan de impedir el menor asomo de heterodoxia al respecto, y la Policía del Pensamiento es omnipresente, ubicua y todopoderosa. En una sociedad semejante, el más grave delito es el **crimental** (crimen mental) y, por consecuencia, el peligro mortal por excelencia es... ¡hablar en sueños! En cuanto a la mayor virtud, es el dominio del **doblepensar**, método mediante el cual es posible decir que lo negro es blanco y lo blanco, negro, sin ser presa de ninguna perplejidad, sin padecer la menor sensación de incoherencia, sin advertir (lo cual sería alarmante) que se incurre en una contradicción desde el punto de vista de la lógica más elemental. Hay en el libro un diálogo entre el torturador y su víctima, que es, a mi juicio, verdaderamente antológico. Me permitiré reproducirlo:

-Tardas mucho en aprender, Winston -dijo O'Brien con suavidad.

conquistas políticas y sindicales de las clases laboriosas? Acudamos a fuentes marxistas, insospechables de "anticomunismo"; refiriéndose a China, Vietnam, Kampuchea y la URSS, sostienen tres prestigiosos marxistas mexicanos que se trata de "naciones en las que, independientemente de cómo se las caracterice, resulta indudable que la clase obrera sufre la explotación más despiadada y, evidentemente, se halla excluida de las decisiones fundamentales del régimen". (Andrea Revueltas, José Luis González y Enrique González Rojo, "Guerra de burocracias, no de países socialistas", México, **Proceso** No. 128, 16 de abril de 1979, p. 42.) Podría argüirse que tal declaración carece de fundamento en la realidad; sin embargo, muchos testimonios y estudios confiables de origen marxista permiten desear tal suposición. Un trabajo reciente parece muy a propósito para complementar, con datos concretos referidos a Polonia, la afirmación citada más arriba. Según tal trabajo, en un documento del Comité de Autodefensa Social, formado por intelectuales de izquierda, se denuncia que a los mineros de ese país "socialista" **se les ha privado del descanso dominical** y que varias categorías de obreros, entre ellos los mineros y los de la construcción, **trabajan de diez a doce horas diarias**; pero esto no es todo; dice textualmente el documento: "privar a los mineros de la posibilidad de no trabajar los sábados, y obligarlos a trabajar el domingo e imponerles un sistema de retribución concebido de modo que una ausencia, incluso completamente justificada (enfermedad o muerte de un pariente), comporte una pérdida del 20 por ciento del salario mensual, es algo que sólo puede compararse con la explotación practicada en los primeros "tiempos del capitalismo". (Gilly, Adolfo, "La situación social en Polonia/1", México, **Uno más uno**, 1o. de junio de 1979, p. 10).

–No puedo evitarlo –balbuceó Winston–. ¿Cómo puedo evitar ver lo que tengo ante los ojos si no los cierro? Dos y dos son cuatro.

–Algunas veces sí, Winston; pero otras veces son cinco. Y otras, tres. Y en ocasiones son cuatro, cinco y tres a la vez. Tienes que esforzarte más. No es fácil recobrar la razón.¹⁸

En la entrada de esta obra también podría decirse, como en la advertencia que precede a ciertas películas, que “cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia”... En este mundo paródico de 1984, las masas trabajadoras viven sometidas al dominio de un poder inalcanzable y remoto, la sociedad se halla profundamente estratificada,¹⁹ las detenciones de los sospechosos se realizan generalmente de noche, y las víctimas se “evaporizan” no sólo físicamente, sino incluso se destruye todo documento que pudiera recordar su anterior existencia... Y hay algo más, aparte de la machacona insistencia sobre los sabotajes y crímenes de una

¹⁸ George Orwell, 1984, México. Salvat Editores, 1973, p. 180.

¹⁹ Conocíamos por diversos estudios, marxistas y no marxistas, el carácter jerárquico de las sociedades “socialistas” europeas; pero ahora, el artículo de Gilly citado en la nota anterior aporta información más actualizada al respecto. Dice Gilly, refiriéndose al ya mencionado Comité de Autodefensa Social, que este considera “alarmante” la situación en materia de atención sanitaria, y menciona un caso por demás sintomático; se padece la “falta de inversiones en hospitales, falta de instalaciones y medicinas, frente a lo cual se construye un hospital ultramoderno en Miedzlesie, que importa especialmente sus medicinas, destinado a los altos funcionarios del régimen”. Luego de transcribir las afirmaciones del Comité referentes a la “estratificación social que va aumentando”, comenta: “Un elemento adicional del aumento de las desigualdades deriva de los privilegios de que disponen los grupos ligados al poder: proveedurías privilegiadas, servicios de salud y centros de vacaciones especiales, asignación de viviendas, de áreas edificables y de divisas extranjeras, son algunas de las facilidades a disposición de los grupos dirigentes”. Y aporta después otro ejemplo notable, que recuerda lo que suele suceder en América Latina: “Cuando se llega a saber que fondos destinados al desarrollo de la agricultura han servido para construir un centro gubernamental de vacaciones en la montaña –Bieszczady– y que, para hacerlo, se está por transferir la población local –Wolosate–, no se puede dejar de ver en esto la prueba de que las autoridades ha perdido el contacto con la vida real”. Expresa al respecto el documento citado por Gilly: “En una situación en la cual la crisis económica castiga a toda la sociedad y sobre todo a sus capas menos favorecidas, el hecho de garantizar privilegios especiales a los grupos dirigentes suscita justamente cólera e indignación moral”. (Gilly, Adolfo, *Op. Cit.*) Quien esté interesado en una visión histórica de este problema puede leer: Mandel, Ernst, *Análisis marxista de la burocracia capitalista*, Buenos Aires, Editor 904, 1977. Sobre el problema de los privilegios, es de especial interés el capítulo “La burocratización de los estados obreros”. Aunque el suscrito discrepa con la calificación de tales estados como “obreros” y con algunas de sus conclusiones, se trata sin duda de un trabajo muy útil. También se puede extraer provecho de: Isacc, Deutscher, *Las raíces de la burocracia*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1970.

oposición fantasmal, necesaria para la supervivencia de los propios mitos del régimen; la esencial mutabilidad del pasado. En el Ministerio de la Verdad, se arrojan los documentos inconvenientes en los "agujeros de la memoria" y se reimprimen totalmente nuevos documentos "originales" (periódicos, libros de historia, crónicas, noticias, decretos, discursos, estadísticas, etcétera) de acuerdo con los intereses del momento.²⁰

Aquí, como en otros textos de anticipación, parece pertinente interrogarse sobre la semejanza de este mundo de ficción con el mundo real, a fin de partir, una vez más, de un requisito metodológico que no por obvio es menos insoslayable: es necesario delimitar los planos para: a) no confundir los textos mismos con la utilización que de ellos pueda hacerse; b) confrontar la crítica (tanto en este como en otros casos) con el carácter real de los autodenominados sistemas "socialistas", con su estructura política profundamente jerárquica, con el carácter mismo de sus relaciones sociales de producción (que constituyen, a mi parecer, un perfeccionamiento de los mecanismos de dominación capitalistas); y c) en esta misma línea metodológica, no mezclar las anécdotas, por significativas que sean en determinado contexto, con los problemas de fondo; o para decirlo de otro modo, trayendo a colación una polémica que ha estado de moda con su secuela de equívocos y confusiones: lo importante no es si Solyenitzin es o no reaccionario, si la CIA o los publicistas de la derecha utilizan sus declaraciones (y sus obras) para sus propios fines, o si el presidente de los Estados Unidos, en un gesto especial de indudable significación política, lo recibe en su despacho de la Casa Blanca: lo importante, a mi juicio, es saber si el Gulag constituye un hecho histórico o es una mera ficción.

Mis observaciones apuntan también a lo siguiente: la crítica de Orwell parte de una concepción liberal; cabe preguntar, dados los comentarios del profesor Cassigoli, si este enfoque liberal de Orwell invalida tal crítica o hace posible, por ese solo hecho, calificarla de "reaccionaria".

A mi juicio, la crítica que, a través de esta perturbadora parodia, realiza Orwell al "socialismo" autoritario de la época de Stalin, puede ser insuficiente y limitada, no necesariamente reaccionaria.

Es oportuno recordar, al respecto, que en la obra se habla del "colectivismo oligárquico", denominación que no difiere sustancialmente de la utilizada por diversos pensadores marxistas para redefinir el régimen soviético. Y por otra parte, en vinculación con

²⁰ Sobre la existencia real de los "agujeros de la memoria" hay mucho material para entretenerse; entre otros, el lector interesado puede acudir a: Flores Olea, Víctor, "Las historias oficiales del Partido Comunista de la Unión Soviética", en **Marxismo y democracia socialista**, México. Serie estudios 4, FCPS, UNAM, 1972, pp. 70, y ss.

este planteo, quisiera señalar una falacia común de la izquierda autoritaria: no es posible confundir el liberalismo ético, político y filosófico, y sus correspondientes formulaciones jurídicas, con la mera defensa del libreempresismo y su consecuencia extrema en el siglo XX: el monopolio, nacional o transnacional. Una cosa es la coyuntura histórica en que se formula cierto cuerpo de ideas, y otra muy distinta, el valor que tales ideas puedan tener en la historia del pensamiento ético y político y en la vida social. No hay socialismo posible sin la incorporación de los valores del pensamiento liberal que constituyen (como muchos avances de la ciencia) genuinas conquistas del hombre en su constante proceso de humanización; del mismo modo, sólo es posible la plena vigencia de los principios liberales mediante la creación de las bases de carácter estructural que impidan no sólo la explotación sino también la **dominación** del hombre por el hombre; me estoy refiriendo, naturalmente, a un sistema socialista que sería la antípoda del "colectivismo oligárquico" de 1984.

Y si bien hay en el texto (también en **Un mundo feliz** y en **Fahrenheit 451**) lo que podría calificarse como un **culto al pasado**, no creo que **toda** valoración política de ciertos aspectos del pasado histórico pueda considerarse conservadora o simplemente reaccionaria; para dar sólo dos ejemplos: la proliferación del autoritarismo y de los regímenes represivos en los países del área capitalista occidental puede y debe suscitar una reflexión sobre la importancia de las llamadas libertades "formales"; en el otro campo, el carácter capitalista-autoritario de las actuales relaciones sociales de producción en la Unión Soviética, puede y debe suscitar una reflexión, y una revaloración, de los consejos de fábrica y de la riquísima vida cultural de los primeros años de la Revolución, antes de su total asfixia por el aparato stalinista. Y para terminar esta muy incompleta aproximación a un tema apasionante y complejo, unas breves reflexiones finales: novelas de "anticipación", expresión en gran parte de antiutopías o utopías negativas realizadas en la misma **praxis** histórico-social, crítica implacable del totalitarismo capitalista o "socialista", la significación de estas obras trasciende la mera coyuntura política de la llamada "guerra fría" y de las rivalidades nacionales entre las grandes potencias para suscitar una reflexión profunda sobre los modelos de sociedad que deseamos para nuestros pueblos; y convocan, por consecuencia, al ejercicio sin concesiones del rigor y la honradez intelectual, más allá de las discrepancias laterales.

Coincido con el Profesor Cassigoli en que, mientras existan clases sociales, ricos y pobres, dominadores y dominados, "habrá hombres que propiciarán programas para realizar en el futuro, proyectos para mejorar al hombre y su vida". Pero para ello es insoslayable una aproximación veraz —aunque desesperanzada— al

carácter real de las sociedades que proclaman ser la encarnación de la utopía socialista. No se trata de “matar y hacer desaparecer la utopía”, sino todo lo contrario: hay que mirar de frente la realidad social y política de nuestro tiempo para construir nuevas “utopías” con raíces profundas en la experiencia histórica, para poder así ubicar en la tierra el inalcanzable “lugar imaginario” de los sueños justicieros e igualitaristas de la humanidad.

II. La otra novela policial: el revés de la trama

En un trabajo publicado por la Editorial **Sur** hace ya treinta y cinco años, George Orwell hace hincapié en ciertas características de la novela policial inglesa; entre otras cosas, señala que las obras de E.W. Hornung tienen la común propiedad de “**dar mayor relieve al delincuente que al policía** en su escenario”. Y agrega que tales obras, “escritas desde el punto de vista del delincuente, son mucho menos antisociales que gran número de novelas modernas escritas según el punto de vista del detective”. Complementariamente, acota Orwell que Raffles (“el ladrón aficionado”), personaje central en las novelas de Hornung, se justifica a sí mismo con la siguiente observación: “de todos modos la distribución de la riqueza es injusta”.²¹

Por su parte Alfonso Reyes, en un texto muy anterior (1919), define **El hombre que fue jueves** –y por extensión casi toda la obra de Chesterton– como una novela “policiaco-metafísica” que es, según precisa, “una verdadera sublimación del género”.²²

Las precedentes referencias están al servicio de un modesto propósito: ilustrar desde el comienzo de este comentario, a través de dos ejemplos clásicos, mis discrepancias respecto a la caracterización general del género hecha por la profesora Molina; a mi juicio, tal caracterización excluye diversas vertientes de la novela policial que son de gran importancia para una evaluación global de este tipo de literatura y para un análisis más rico de sus contenidos y sus posibilidades.

Desde luego, coincido con muchas de sus reflexiones respecto a los ejemplos que aporta en su ponencia; el problema se plantea fundamentalmente en torno a las omisiones, y en ellas centraré mi comentario.

Las tesis de la profesora Molina pueden resumirse en varios puntos: a) la novela policial es “un agente difusor de los valores y

²¹ G. Orwell, “Raffles y Miss Blandish”, en **Ensayos críticos**, Buenos Aires, Ediciones Sur, 1948, p. 192.

²² Alfonso Reyes, 5a. ed., “Prólogo del traductor”, **El hombre que fue jueves**, Buenos Aires, Biblioteca Clásica y Contemporánea, Ed. Losada, p. 14.

los prejuicios de los países y las clases dominantes"; b) expresa "un respeto irracional a lo instituido"; c) la trilogía causal del crimen es en ella la siguiente: el propósito de acumular capital, la busca del éxito y el espíritu competitivo.

Sobre la base de esta caracterización, Silvia Molina subraya otros aspectos: la trampa de una aparente búsqueda de justicia, la ocultación de las situaciones de privilegio social, la presentación de los crímenes de la sociedad capitalista como fenómenos "anormales" en una sociedad perfectamente "normal", la omisión de todo análisis social del crimen y la solución consecuentemente individualista, a través de los superhombres-detectives y del maniqueísmo (explícito e implícito, agregamos nosotros) que se manifiesta mediante un procedimiento polarizador: la imagen del policía "protector" frente a los delincuentes presentados como **culpables absolutos**...

Me propongo insistir en que todo ello es en general válido respecto a gran parte de la producción novelística de tema policial; aunque no creo, dicho sea de paso, que se trate de una especie de conspiración de la burguesía para "atrapar dentro de su propia telaraña ideológica" a los sectores intermedios que, según señala la ponente, son los principales consumidores de este tipo de literatura. Tampoco creo que los bien elegidos ejemplos de mensajes ideológicos, que la autora transcribe muy atinadamente en su trabajo, sean producto de "infiltraciones"; el hecho, en verdad, es a la vez más simple y más complejo: esos ejemplos corresponden a una visión maniquea del mundo, la visión propia de una clase que se sitúa, natural e impunemente, del lado del **Bien**, en las más puras trincheras de la Cultura Occidental.²³

Para fundamentar mis afirmaciones, remitiré a los lectores a unos pocos ejemplos (o contraejemplos). Empecemos por un autor a quien escritores como Luis Cernuda, André Gide y André Malraux consideraban en un nivel semejante o incluso superior a Hemingway y Faulkner. En un prólogo a **Cosecha roja**, una de las mejores novelas de Dashiell Hammett, Luis Cernuda observa respecto al carácter de la obra: "Pues bien, a Hammett (...) no me parece que se le pueda considerar estrictamente, al menos en sus libros mejores, como conforme al patrón del género".²⁴

Y agrega en lo referente a Samuel Spade, uno de los personajes creados por Hammett:

²³ La referencia suele ser equívoca, pues la tradición revolucionaria y socialista, incluido el marxismo, constituye uno de los más genuinos productos de esa cultura occidental.

²⁴ Luis Cernuda, "Prólogo" a **Cosecha roja**, Madrid, Alianza Editorial, 1967, p. 13.

El detective que actúa en **Red Harvest** (1929), para romper el círculo de la sórdida y terrible historia que allí se desarrolla, es, por lo pronto, **polo opuesto** de aquellas figuras románticas de tantas historias detectivescas, y carece del halo con que ya Poe provee a su Auguste Dupin y Conan Doyle subraya y teatraliza aún más en Sherlock Holmes...²⁵

Al respecto, cabría agregar que es también –y en muchos sentidos– el polo opuesto de los personajes mencionados por Silvia Molina como característicos de la novela policial, empezando por el hecho de que, a igual que diversos protagonistas de la novela, maneja diferentes valores.

En cuanto a los “mensajes ideológicos”, voy a transcribir otros muy distintos, de una obra (**Cosecha roja**) que puede leerse como una denuncia tanto o más efectiva que la explicitada en muchas novelas “sociales”, las cuales naufragan frecuentemente en la obviedad, y se hallan teñidas de un paternalismo elitista y demagógico.

Dice Bill Quint, dirigente sindical, refiriéndose a Elihu, el magnate-mandamás de la ciudad de Personville, que si bien éste ganó una huelga, perdió su predominio en la ciudad y en el estado; glosa así el anónimo detective particular las palabras de Bill Quint:

Para ganarles la partida a los mineros tuvo que dar rienda suelta a sus matones contratados. Y así que acabó la lucha, no pudo librarse de ellos. Les había entregado la ciudad que fue suya, y no tenía fuerza bastante para recobrarla. A los matones les gustó Personville y se quedaron en ella. Habían ganado la huelga para Elihu, y se quedaron con ella como botín que les era debido. Elihu no podría romper abiertamente con ellos. Era mucho lo que sabían de él, y era el responsable de cuanto ellos habían hecho durante la huelga.²⁶

Pero también se habla del papel del ejército y de su alineación junto a los poderosos:

La huelga duró ocho meses. Se derramó con abundancia la sangre de ambos bandos. Los sindicatos tenían que derramarla ellos mismos. Elihu, el Viejo, empleó a pistoleros y esquiroles, a la Guardia Nacional y hasta a destacamentos del ejército regular para hacerlo. Cuando se descalabró el último

²⁵ **Loc. cit.**

²⁶ Dashiell Hammett, **Cosecha roja**, Madrid, Alianza Editorial, 1967, p. 24.

obrero y cesó la rotura de costillas a patadas, la organización laboral de Personville tenía tanta fuerza como un cohete que ya ha sido disparado.²⁷

Es así como se describe la triple alianza de matones, ejército-policía y burguesía industrial en una oscura ciudad de los Estados Unidos. En este sentido, los distintos diálogos y observaciones del detective privado son harto ilustrativos. He aquí algunos ejemplos:

a) –Ya nos veremos– dijo el tahúr, y el coche se alejó.

Lo último que vi del coche fue una matrícula del cuerpo de Policía que desaparecía al doblar la esquina.²⁸

b) –Si ves a Reno –le dije– podrías decirle que los jenízaros del Finlandés están jurando el cargo como agentes especiales de la policía.²⁹

c) Dick asintió con un gesto y dijo:

–Hubo tiros anoche en la carretera. Bebidas de contrabando. Cuatro camiones llenos de detenidos y quemados.

Esto parecía la respuesta de Reno a la noticia de que los muchachos del principal contrabandista habían ingresado en la policía como agentes especiales.³⁰

d) Podría comprarle más informes acerca de todos los de la pandilla a Dinah Brand. Pero sería inútil llevar a ninguno de ellos ante los tribunales, fuere lo que fuere. **Son los dueños de los tribunales,*** y en cualquier caso la justicia funciona demasiado despacio para lo que necesitamos.³¹

Diálogo entre el detective privado y el jefe de Policía, luego que el primero escapara, mientras intentaba parlamentar con un grupo de delincuentes cercados en una casa, de un intento de asesinato ordenado por el segundo:

–¡Vaya! Celebro muy de veras verle –dijo Noonan estrechándome la mano calurosamente y dándome unas palmadas en la espalda. Anoche tuvo usted mucha suerte en escapar. ¡Esos canallas! Estaba seguro de que le habían cepillado, hasta que derribaron la puerta y vimos que estaba vacía la guarida. ¿Cómo salieron de allí esos bergantines!

²⁷ D. Hammett, *op. cit.*, p. 73.

²⁸ *Ibidem*, p. 196.

²⁹ *Ibidem*, p. 203.

³⁰ *Ibidem*, p. 204.

³¹ *Ibidem*, p. 140.

* El subrayado es nuestro.

-Una pareja de sus guardias los dejaron salir por la puerta de atrás, los hicieron pasar por la puerta contigua y les facilitaron la escapada en un coche de la policía. Como me llevaron con ellos. . . no pude avisarle a usted.

-¿una de mis parejas hizo eso? -preguntó sin denotar sorpresa alguna. ¡Que cosas! ¿Y qué aspecto tenían esos guardias?³²

Hay en esta novela una escena realmente antológica; en ella se relatan las alternativas de la "Conferencia de Paz" celebrada por los que podemos llamar, sin ironía alguna, los "factores de poder" de la ciudad de Personville. Aparecen en ella el opulento empresario Elihu, los jefes de las distintas bandas de delincuentes, el jefe de Policía, y desde luego, el impávido y maquiavélico detective privado que se empeña, con notable éxito, en azuzar a unos contra otros para quebrantar esa alianza de asesinos y explotadores, alianza lógicamente colmada de contradicciones que han dejado en su camino una magnífica "cosecha roja". . .

Transcribiré un tramo de esa hermosa conferencia; versión pueblerina de muchas juntas de ejecutivos y dirigentes políticos, locales o nacionales, que deja en el lector una sensación de incitante perplejidad:

El Finlandés se puso de pie, se apoyó en la mesa sobre sus manos grandes y huesudas y habló en voz que le salía de lo hondo del pecho:

-Susurro.

Cuando Thaler se detuvo y se volvió hacia él, siguió:

-Una cosa te voy a decir, Susurro; y a todos los demás también.

Los tiroteos se han acabado. A ver si lo entendéis todos. No tenéis lo que hay que tener en la mollera para saber qué os conviene. Así que os lo voy a decir yo. Estos estropicios en la ciudad no son buenos para el negocio y no los voy a tolerar más. Así que a ver si sois buenos chicos, o yo os obligaré a serlo. Tengo un ejército de muchachos que saben manejar la pistola que da gusto. Son necesarios para el negocio. Si tengo que utilizarlos contra vosotros, lo haré. ¿Queréis jugar con pólvora y dinamita? Ya os enseñaré yo cómo se juega con ellas. ¡Queréis pelea! Yo os daré pelea. Y no lo olvidéis. Nada más.³³

³² *Ibidem*, p. 80.

³³ *Ibidem*, pp. 173-174.

Después, una vez que hubo finalizado el cónclave, el innominado detective particular mantiene este diálogo con otro personaje:

–Tienes cara de cansado –me dijo cuando entré detrás de ella en el cuarto de estar. ¿Has estado trabajando?

–Asistiendo a una conferencia de paz de la cual deben resultar por lo menos una docena de asesinatos.³⁴

Es oportuno señalar que en **La llave de cristal** (tal vez la mejor de sus obras) Hammett muestra con indudable maestría –a propósito de una campaña electoral– la inmensa corrupción de la institucionalidad norteamericana. Se trata de una verdadera radiografía que expone la faz abiertamente criminal del sistema practicado por nuestros buenos vecinos; el lector menos atento puede advertir cuáles son algunos de los ingredientes básicos de esa máquina electoral: asesinatos, chantaje, influyentismo, compra y venta de funcionarios y periodistas. ¿Y qué lector puede dudar del objetivo que se persigue con semejante “metodología”? No me parece que a través de esta obra –y se trata de una obra fundamental dentro de la moderna literatura policial– se pretenda mostrar los crímenes de la sociedad capitalista como fenómenos “anormales”...

Podemos referirnos ahora a Raymond Chandler, calificado por el dramaturgo J. B. Priestley como “el mejor escritor norteamericano de **novelas policiales** dentro de la tradición de Dashiell Hammett”. En cuanto a este autor, me limitaré a transcribir algunos diálogos de diversos personajes y reflexiones del curioso detective Philip Marlowe, en una obra que es también una crítica a la sociedad norteamericana.³⁵

a) Crítica de la sociedad de consumo a través de la confesión, (si así podemos llamarla) de un empresario:

No se quiere la calidad porque dura demasiado. De modo que se la sustituye por la moda, que no es más que una estafa comercial destinada a hacer que las cosas caigan en desuso. La producción en masa no podría vender sus mercaderías el año próximo a menos que haga que lo que vendió este año parezca anticuado de aquí a un año. Tenemos las cocinas más blancas y los baños más relucientes del mundo. Pero en su

³⁴ *Ibidem*, p. 176.

³⁵ Raymond Chandler, **El largo adiós**, Buenos Aires, Compañía General Editora, 1962.

encantadora cocina blanca el ama de casa media americana no es capaz de preparar una comida que valga la pena y los hermosos cuartos de baño relucientes no son más que un receptáculo de desodorantes, laxantes, pastillas para dormir y los productos de esa mistificación que se conoce con el nombre de industria de los cosméticos. Preparan los paquetes más lindos del mundo, señor Marlowe. Pero lo que hay adentro es en su mayoría basura.³⁶

b) Sobre el poder del dinero y el sistema capitalista:

—No se pueden hacer cien millones de mangos* en forma limpia —dijo Ohls. Quizá el jefe crea que sus manos están limpias, pero en alguna parte, a lo largo de la cadena, hay tipos que son arrinconados en la pared, pequeños y agradables negocios se vienen al suelo y tienen que liquidar y vender todo por unos centavos, gente decente pierde sus empleos, las acciones suben en el mercado, los apoderados son comprados como una pepita de oro antiguo, y se paga a los grandes estudios de abogados cientos de millones de dólares de honorarios para que combatan ciertas leyes que la gente quiere obtener, pero no los tipos ricos debido a que interfieren con sus ganancias. El dinero en gran escala significa poder en gran escala, y el poder en gran escala es usado erróneamente. Es el sistema. . .³⁷

c) Sobre la prevención del delito y el contexto social en que se produce; he aquí una reflexión que podría ser suscrita, al menos en parte, por cualquier sociólogo marxista:

—Usted es un buen policía, Bernie, pero los policías, en cierto sentido, son siempre los mismos. Les echan la culpa a cosas que no la tienen. Si un tipo pierde su salario en una mesa de juego, hay que prohibir el juego. Si se emborracha, hay que prohibir el alcohol. Si mata a alguien en un accidente automovilístico, hay que dejar de fabricar autos. Si lo pescan con una muchacha en la pieza de un hotel, hay que terminar con el intercambio sexual. Si se cae de la escalera, hay que dejar de construir casas.

—¡Oh, cállese!

—Claro, ciérreme la boca. No soy más que un ciudadano privado. No se tape los ojos con una venda, Bernie. Nosotros

³⁶ R. Chandler, *op. cit.*, p. 212.

* Mangos: argentinismo por pesos.

³⁷ R. Chandler, *op. cit.*, p. 250.

no tenemos rufianes y tahúres y **gángsters** y sindicatos del crimen porque tengamos políticos deshonestos con sus representantes ubicados en la Municipalidad y en las legislaturas. El delito no es una enfermedad, sino un síntoma. La policía es como el médico que receta aspirina para un tumor de cerebro, con la diferencia de que la policía lo cura más bien con una cachiporra. Somos un pueblo grande, rudo, rico y salvaje, y el delito organizado es el precio que pagamos por la organización. Lo tendremos durante largo tiempo. El delito organizado no es más que el lado sucio de la lucha por el dólar.

—¿Cuál es el lado limpio?³⁸

Como puede apreciarse, aun con sus indudables limitaciones, pues también Hammett y Chandler rinden tributo, en muchos aspectos, a ciertas tradiciones del género,³⁹ estos diálogos y reflexiones expresan todo lo contrario de un “respeto irracional a lo instituido”, y están lejos de ocultar las situaciones de privilegio; por otra parte —insisto en ello—, es fácil advertir que para quienes así reflexionan y observan la realidad y el contexto social del crimen, éste no constituye un fenómeno “anormal” dentro del sistema en que se produce; y si bien se rinde culto a la “solución individualista” del **caso** investigado, ello no implica, como se ha visto por las citas precedentes, una solución del **problema** del crimen en general; por lo contrario, la crítica al sistema es explícita, aguda, mordaz; aquí “la aparente búsqueda de justicia”, que la profesora Molina señala muy acertadamente como uno de los elementos distintivos de la novela policial, se trueca en filosófico y a veces cínico escepticismo respecto a las características de la Justicia y a la corrupción del sistema en su conjunto, pues los propios delincuentes, protegidos por las autoridades y aliados a los poseedores del capital, “son los dueños de los tribunales”. Por todo ello no podría afirmarse, sin una lectura forzada de los textos, que estas novelas sean un “agente difusor de los valores y prejuicios de los países y clases dominantes”; más bien, su mensaje contiene elementos de crítica que incitan a meditar sobre el origen social del crimen. O para decirlo con palabras de un entusiasta del género y específicamente de la llamada Serie Negra:

—La Serie Negra constituye un regreso al realismo. Pero no una condena a ultranza de toda literatura no —realista. Significa, eso sí, una condena de toda literatura policiaca

³⁸ *Ibidem*, p. 316.

³⁹ En *Cosecha roja*, por ejemplo, el detective parece frecuentemente un individuo que no siente nada; no siente miedo, siempre está alegre y hace chistes en medio de las más dramáticas situaciones.

disfrazada de realismo cuando su propuesta, en última instancia, no es más que una mistificación de la realidad(...) La Serie Negra opuso a la cultura y el refinamiento de Sherlock Holmes, Hércules Poirot o Ellery Queen la lucidez y la comprensión de Sam Spade, Philip Marlowe o Lew Archer. La Serie Negra opone a la lógica incoherente y lúdica de la novela-problema el testimonio de una sociedad en crisis.⁴⁰

Por último, y antes de abordar otra vertiente posible del género, quisiera referirme, muy brevemente, a una observación de la profesora Molina respecto al **contenido central** de las novelas policiales, que es, dice, “un producto de la sociedad capitalista”. Este aserto se fundamenta en lo que señala como la “trilogía causal del crimen”: la acumulación de capital, el éxito material y la competencia. Medita la profesora Molina que el crimen, a su vez, “se expresa en los términos propios en que lo sitúa la dinámica de la lucha de clases”, y acota: “La tragedia de los criminales, a excepción de algunos de los que están locos, se reduce a no haberse querido conformar con la situación de clase en la que se encontraban y en haber sido descubiertos **in fraganti** por los representantes de la ley, por los delegados representantes de la clase dominante”.

De acuerdo, pero aquí hay que explicitar una distinción necesaria: creo que desde el punto de vista ideológico, el significado real de esa trilogía del crimen, en cada caso particular, depende del contenido global de la obra; quiero decir con ello que el señalamiento de la profesora Molina es meramente descriptivo y no implica por sí mismo un juicio, puesto que tal trilogía causal puede adquirir diferente significado según el sistema de valores de los personajes y del propio autor; de hecho, en las novelas policiales inscritas en la tradición de Hammett y Chandler, esa trilogía se erige, sin necesidad de ninguna adjetivación didactizante, en una formidable acusación; de tal manera, exhibir esa conjunción causal del crimen implica cuestionar las bases mismas del sistema.

Pero los ejemplos expuestos no agotan las alternativas y nuevos desarrollos del género policial. En la línea del llamado Nuevo Periodismo y de la novela sin ficción, o más específicamente en la novela periodística o novela-reportaje, hay ejemplos memorables: en primer lugar, **A sangre fría**, de Truman Capote.

En vez de una novela-problema cuyo objetivo principal fuera el juego de la inteligencia para desentrañar el enigma de un crimen, o de un texto de pura ficción con una trama y una ambientación verosímiles —en la tradición de la novela realista—, Truman Capote

⁴⁰ Juan Carlos Martini, “Presentación”. en D. Hammett, **Dinero sangriento**, Barcelona, Ed. Bruguera, 1977, pp. 6, 7 y 8.

nos ofrece el producto de una investigación documental y de campo; es decir, no sólo se basa en un hecho real como fuente de inspiración, sino que realiza la reconstrucción periodístico-literaria del mismo.

A sangre fría es la historia del cuádruple asesinato cometido por dos jóvenes, Eugene Hickock y Perry Smith, en el pueblo de Holcomb (Kansas). Esta historia apareció en **The New Yorker** en 1965 y se publicó en libro al año siguiente. El propio Capote, en el "Agradecimiento" que precede a la novela, nos informa lateralmente sobre su método de trabajo:

Todo el material que empleo en este libro, cuando no corresponde a mi observación directa, procede de archivos oficiales o es resultado de entrevistas con personas directamente interesadas en esta historia, entrevistas que, en la mayoría de los casos, se repitieron durante tiempo indefinido. Como esos "colaboradores" figuran en el texto, sería pecar de redundancia nombrarlos también aquí, pero no obstante, quiero expresarles mi gratitud porque sin su paciente colaboración, mi tarea hubiera sido imposible.⁴¹

Cabe señalar que el autor no sólo recorrió todos los lugares por donde pasaron Hickock y Smith en su carrera hacia Holcomb, y que no sólo visitó a sus parientes y habló con todas las personas que pudieran aportar algo significativo sobre el caso; su larga frecuentación con los asesinos de la familia Clutter se prolongó hasta el final del juicio y —detalle curioso que asombró a muchos— después de la sentencia asistió incluso a su ejecución.

Por otra parte, es oportuno observar que los personajes no están divididos entre "buenos" y "malos", no son los arquetipos de un acendrado maniqueísmo; lo que el novelista se propone, más bien, es "preservar cierta apertura y compasión hacia los asesinos ejecutados y hacia sus víctimas", y "dejar al lector el acto de evaluar moralmente lo ocurrido y de una trágica reconciliación". Esta última reflexión puede ser ilustrada, entre muchos otros ejemplos, por la forma en que Capote presenta a los asesinos en los momentos anteriores a su ejecución:

Como de costumbre, el alcalde, terminada la lectura, le preguntó al condenado si quería hacer su postrera declaración. Hickock asintió con la cabeza:

—Sólo os quiero decir que no os guardo rencor. Me enviáis a un mundo mejor de lo que éste fue para mí.

⁴¹ Truman Capote, "Agradecimiento", en **A Sangre fría**, 15a. ed., Barcelona, Ed. Noguer, 1968, p. 7.

A continuación, como para dar más énfasis a sus palabras, les dio la mano a los cuatro hombres principalmente responsables de su captura y condena, los cuales, todos, habían pedido presenciar la ejecución: los agentes del FBI Roy Church, Clarence Duntz, Harold Nye y Dewey:

–Un placer volver a verles –dijo con su más encantadora sonrisa.⁴²

Pero Smith, a pesar de que era un auténtico asesino, despertaba otra reacción porque había algo en él, un aura de animal exiliado, de criatura herida, que el detective no podía pasar por alto.⁴³

No obstante lo que venimos diciendo, es necesario hacer la salvedad de que no todo lo que figura en el texto tiene valor estrictamente informativo y testimonial; hay en esta novela algunos elementos de reconstrucción subjetiva, e incluso de ficción tanto en lo que se refiere a los diálogos como a los ambientes y situaciones que se describen, aunque los lugares, la trama y los personajes son incuestionablemente reales.

En la línea de la literatura sin ficción, quizás el contraejemplo más acabado sean algunos textos de Hans Magnus Enzensberger, como "Wilma Montesi. Una vida después de la muerte", que es en realidad un reportaje retrospectivo, de carácter ensayístico y literario; aquí, de hecho, no hay una sola línea de ficción; el autor se basa en una investigación fundamentalmente hemerográfica para reconstruir las alternativas de un caso criminal que conmovería a Italia en la década de los cincuentas. Desde luego, no se trata de una novela ni de un cuento largo, pero debido a su gran nivel literario y a su excelente estructura expositivo-narrativa, nos muestra otra vertiente posible del tema policial. También aquí, los que están en el banquillo no son los asesinos supuestos o reales, que aparecen como las meras piezas de una inmensa maquinaria; más allá de las significativas anécdotas y a través de ellas, se cuestiona la estructura social, se impugna a las clases dominantes.

En esta misma línea, habría que señalar la obra periodístico-literaria de Rodolfo Walsh; con **Operación masacre, Caso Satanowsky** y **¿Quién mató a Rosendo?**, Walsh se sitúa –así lo señaló por vez primera José Emilio Pacheco en una conferencia-homenaje como un precursor del Nuevo Periodismo. La obra de Walsh, si bien tiene algunas afinidades con la novela de Capote por su referencia a lo real, por su reconstrucción de casos reales mediante una rigurosa –y riesgosa– investigación documental y de campo, se asemeja más a la de Enzensberger, pues tiende claramente a la crítica social y política.

⁴² T. Capote, *Op. cit.*, p. 325.

⁴³ *Ibidem*, pp. 326-327.

En ambos casos, es ejemplar la conjunción de periodismo y literatura; en ambos casos, el tema policial muestra otros posibles desarrollos, incluso si nuestro interés se enfoca exclusivamente en el género novelístico.

III. James Bond y sus émulos: de tal palo tal astilla

Quisiera complementar el trabajo del profesor Calvimontes con unas pocas observaciones que tal vez puedan iluminar ciertos aspectos de un tema tan vasto y apasionante. Me referiré en especial, y muy someramente, a tres puntos: **a)** el carácter de los personajes en relación con la novela policial y el célebre James Bond; **b)** las semejanzas y diferencias entre los espías de la ficción y los de la realidad, así como los efectos de la manipulación en esta área de la llamada cultura de masas; y **c)** la trama de la ficción y el contexto histórico real.

Maniqueísmo y culto de la acción

Para empezar, señalaré que la primera novela de la serie 007, **Casino Royal**, aparece en 1953. Se advierte aquí el peso de ciertas tradiciones. En esa época “el escritor que abandonara el filón de la novela policial tradicional para pasar a la policial de acción no podía ignorar la presencia de Spillane”.⁴⁴ Fleming, observa Eco, adjudica a su agente 007 dos características semejantes a las de ciertos personajes de Spillane. Primeramente, la relación con la mujer, signada por la dualidad amor-odio, por la transformación de la ternura en ferocidad; la única diferencia: que mientras en una novela de Spillane la Vesper Lynd de **Casino Royal** hubiera sido muerta por el protagonista, en esta novela de Fleming “la mujer tiene el pudor de suicidarse”. Es ilustrativo ver de qué manera la concepción utilitaria de la mujer, como mero instrumento para los fines del protagonista –detective privado o agente de servicios de seguridad–, se desplaza de un tipo de novela al otro, prácticamente sin modificaciones sustanciales. En segundo lugar, es de advertir, tanto en el James Bond de **Casino Royal** como en Mike Hammer (personaje de Spillane) una común neurosis originada en el primer asesinato que cada uno de ellos cometió en el comienzo de su carrera. Esta analogía, dice Eco, no es casual:

⁴⁴ Umberto Eco, “James Bond: une combinatoire narrative”, en **Communications** Número 8, París, Ed. Seuil, 1966, p. 77.

Mike Hammer aparece constantemente perseguido por el recuerdo de un pequeño japonés muerto en la jungla durante la guerra, si bien con mayor participación emotiva (mientras que el homicidio de Bond, autorizado administrativamente por su doble cero, es más aséptico y burocrático). El recuerdo del japonés es el origen de la innegable neurosis de Mike Hammer, de su masoquismo y de su probable impotencia; el recuerdo de su primer homicidio podría ser el origen de la neurosis de James Bond.⁴⁵

Tenemos, pues, un **sentimiento de culpa**, una especie de desgarramiento interior, en personajes recortados esencialmente como arquetipos unidimensionales, sobre un fondo indudablemente maniqueo: ello implica, desde luego, dotar al protagonista de ciertos atributos humanos; y si bien en el primer caso la actitud hacia la mujer es semejante, hay una diferencia de matices, atribuible tal vez a un resto de escrúpulos, que no podemos dejar de tener en cuenta. Pero no sólo esto —y aquí acaban las semejanzas— sino que el James Bond de **Casino Royal** es presa de conflictos y perplejidades de carácter ético-moral que, desde luego, no sólo no se encuentran en las obras mencionadas por el profesor Calvimontes, sino que tampoco aparecen, incluso, en las posteriores novelas de Fleming.

El Bond de **Casino Royal** pregunta si en verdad está combatiendo por “una causa justa”. Aparentemente, se está preguntando si la diferencia entre el bien y el mal “es verdaderamente tan neta, reconocible, como lo quiere la hagiografía del contraespionaje”. En tal momento, comenta Eco, “Bond está maduro para la crisis, para el reconocimiento saludable de la ambigüedad universal”. . . . Pero precisamente cuando se interroga sobre la apariencia del diablo y se apresta a reconocer en su adversario a un “hermano separado”, James Bond es salvado por su jefe, Mathis. Veamos con qué argumentos:

. . . Cuando regreses a Londres, descubrirás que hay otros jefes que tratan de destruirte, de destruir a tus amigos y a tu país. M te hablará de ello. Y cuando hayas visto a un hombre verdaderamente maligno, sabrás bajo qué aspecto puede presentarse el mal, buscarás a los malvados para destruirlos y proteger así a los que amas, y a ti mismo. Mientras tanto, sabrás qué aspecto tienen y lo que pueden hacer a los otros. . . . Rodéate de seres humanos, mi querido James. Es más fácil batirse por ellos que por los principios. Pero. . . no me

⁴⁵ U. Eco, *op. cit.*, p. 77.

engañes convirtiéndote en humano tú mismo. Perderíamos una maravillosa máquina.⁴⁶

Es útil explicitar en qué dejará de pensar Bond una vez despejadas sus dudas, ya persuadido por tan triviales argumentos:

... convencido por el discurso de Mathis, Bond abandonará los caminos inciertos de la meditación moral y del tormento psicológico, con todos los peligros de neurosis que de ello pudieran derivarse. Bond dejará de ser un sujeto para los psiquiatras salvo en su regreso en la última novela, por otra parte atípica, de la serie (**El hombre de la pistola de oro**), y se convertirá en una magnífica máquina, como lo quieren Mathis, el autor y el público. A partir de ese momento, Bond no meditará sobre la verdad y sobre la justicia, sobre la vida y la muerte, más que en los raros momentos de aburrimiento, preferentemente en los bares de los aeropuertos, pero sin dejarse jamás envolver por la duda.⁴⁷

Al menos en su origen, y a pesar de la castración en la propia matriz de todo germen de duda y de crítica, de autocuestionamiento, el personaje es más complejo que los citados por Calvimontes, más sutil y, en verdad, más humano. Parece haberse producido una degradación y simplificación aún mayores de los personajes originados en el primer Bond, a través del propio Fleming y de otros autores en los que no cabe la perplejidad de orden ético sobre la justicia o injusticia de su causa. Esto parece ser así, pues ya en el comienzo Bond es salvado de la duda por Mathis, una especie de teólogo policiaco... El mismo fenómeno de degradación parece haberse producido en cierta corriente de la novela policial cuyos personajes son cada vez más esquemáticos, maniqueos y brutales, al mismo tiempo que invulnerables a las más terribles y traumáticas experiencias. Al influjo de una ideología autoritaria en alegre expansión, es explicable que hasta el menor resquicio de duda sea extirpado de la cabeza de los personajes. Así queda, a partir de **Casino Royal**, definitivamente delineado el perfil psicológico y moral de James Bond, superado ya (e irrevisiblemente) el conato de crisis que amenazaba tornar incongruente la construcción ideológica de Fleming.

Sobre este molde se levanta la totalidad del edificio maniqueo, configurado por algunos principios y obsesiones que podemos encontrar tanto en las obras de Fleming como en las de sus émulos.

Expresión de la Bondad y la Virilidad, James Bond es profunda-

⁴⁶, *Ibidem*, p. 78.

⁴⁷ *Loc. cit.*

mente racista, y el Malo, el Enemigo a combatir, procede siempre de un área que va de Europa Central a los países eslavos y a la Cuenca del Mediterráneo. Es habitualmente un individuo de sangre impura y sus "orígenes son complejos y oscuros" (Eco). El anatema racista recae especialmente sobre los judíos, los alemanes, los eslavos y los italianos, a los que considera siempre como mestizos.

Pero desde luego, el enemigo fundamental, la máxima encarnación del Mal es la Unión Soviética, y los Malos particulares están siempre a su servicio, salvo en el caso de **Diamond Are Forever**.

Frente al Malo (al servicio de la URSS), caracterizado por la perversión física y moral y por la más radical deslealtad, se destacan las cualidades del joven James Bond: lealtad al servicio, mesura anglosajona, elección de la Privación, aceptación del Sacrificio, rasgos de genialidad en los momentos oportunos, patriotismo, amor al "mundo libre"...

Es pertinente señalar el **culto de la acción** como una característica fundamental de tales personajes. Es el hombre "sin dimensión interior" que cuando piensa "está enfermo, y su pensar es siempre presentado como rumiación estéril y morbosa, paréntesis de humana debilidad, de comprensible agotamiento".⁴⁸

Consecuentemente el individuo, como los seres irracionales, vive en un presente perpetuo:

El pasado no hace presa de él: recordar, echar de menos, entristecerse, dudar en lo íntimo, son enfermedades, cuando está abrumado por ellas; una sacudida de hombros y en marcha: hacia la acción, hacia la lucha, contra el enemigo...⁴⁹

Este personaje, cuyo culto irracional por la acción hace pensar en las proclamas del fascismo, es una extraña simbiosis: mezcla de **condottiero** fascista y ejecutivo moderno supertecnificado, es también expresión del viejo y nuevo farisísmo:

la fidelidad de Bond a Occidente no está nunca en discusión. Por el contrario, representa sus características de modo tan vulgar que resplandecen con precisión: hay en él (como en el peor Occidente) la incomprensión maniquea, la máscara humanitaria, la intolerancia ideológica, el complejo de superioridad, las manías aristocráticas, la indiferencia moral, el individualismo miope y todo el resto.⁵⁰

⁴⁸ Fausto Antonioni. "Psicoanálisis del 007", en **Proceso a James Bond**, Umberto Eco et. al., Barcelona, 1965, pp. 189-190.

⁴⁹ F. Antonioni, *op. cit.*, p. 174.

⁵⁰ Andrea Barbato, "Lo creíble y lo increíble en las películas de 007", en **Proceso...**, p. 217.

Desde luego, para tal James Bond, tal Brian Clarke, el detective de **Misión en París**, novela que ha brindado a Calvimontes algunos ejemplos de involuntario humorismo. El detective Clarke, metido en la delicada tarea de salvar al mundo, es sin duda alguna un digno émulo de James Bond, el hombre adecuado para enfrentar al Maligno:

Jeems miró fijamente a su subalterno. Brian era un magnífico ejemplar. Medía, seis pies, pesaba noventa kilos... sin un gramo de grasa. Anchos hombros, poderosos músculos, frente despejada y una inteligencia nada común.

Elegantemente vestido, de alegre y amena conversación, decidido y con gran sentido del deber...⁵¹

Ficción política y política-ficción

Reflexiona el profesor Calvimontes, en la parte introductoria de su ponencia, que no pretende “señalar a la novela de espionaje como resultado práctico de una estrategia de dominación cultural, gestada y planificada en los núcleos dirigentes del dominio imperial”. Acota luego que “el sistema, para servir sus necesidades de perpetuación, no cuenta únicamente con los recursos de un proyecto propagandístico previamente elaborado” y que, en cambio, “recibe el auxilio de subproductos conjugados, probablemente, en los complejos ámbitos de su intercambio industrial y comercial”. La aclaración del profesor Calvimontes es a mi juicio correcta y apunta (creo) a un objetivo: evitar una extrema simplificación, siempre desvirtuadora, en lo atinente a los problemas vinculados con la llamada cultura de masas y la génesis y significación de sus productos. Los fenómenos son siempre más ricos y complejos que los esquemas explicativos de raigambre mecanicista, aunque estos últimos aporten, eso sí, una cómoda ilusión de claridad, un atractivo sucedáneo del análisis riguroso.

No obstante, y hecha esta salvedad, voy a referirme a un dato que no por pintoresco es menos significativo; este dato se refiere a la influencia del personaje James Bond –matriz de todos los agentes secretos que con distintos nombres protagonizan las muchas novelas de espionaje– no sólo sobre el público, sino incluso sobre los propios directivos de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos; transcribiré parte de un artículo publicado en la revista **Life** por Allan Dulles, jefe de la Agencia en un periodo crucial de la guerra fría:

* Las cursivas son nuestras.

⁵¹ Henry Keytone, **Misión en París**, Madrid, Editorial Castellana, 1975, p. 8.

Me gustan los libros de Fleming —dice—; fue Jacqueline Kennedy quien me lo hizo conocer. Me prestó **From Russia With Love** diciéndome: “este es un libro de su género, director”. Algunos años después conocí a Fleming en Londres, hablamos de los nuevos ingenios que serían inventados en la nueva época. El U-2 estaba ya secretamente a punto, había hecho los primeros vuelos secretos, pero la fantasía de Fleming iba mucho más allá. Desde aquella tarde permanecí constantemente en contacto con él, y desde entonces frecuentemente James Bond ha sido ayudado y asistido por funcionarios de la CÍA. Estoy convencido que en la vida real, James Bond habría tenido en el Kremlin un nutrido dossier después de su primera misión y difícilmente habría sobrevivido a la segunda. Pero existen en todas partes excepciones a la regla, y Richard Sorge, el gran espía que actuaba en el Extremo Oriente durante la primera parte de la segunda guerra mundial, se asemejaba en su modo de vida mucho más a James Bond que a los espías habituales. He dicho y repetido muchas veces que **en mi condición de jefe de la Central Intelligence Agency habría estado muy contento de tener a mis órdenes semejantes James Bond.*** Me interesan enormemente los ingenios secretos, los hallazgos técnicos de Fleming: por ejemplo, el aparejo que James Bond instala en los automóviles de sus adversarios para poder seguir el itinerario incluso a muchos kilómetros de distancia. He encargado a algunos técnicos el estudio en el laboratorio de la CÍA de la realización de este aparejo, pero, desgraciadamente, la cosa no ha funcionado.⁵²

Allan Dulles, para quien, dice Lietta Tornabuoni, el espionaje de la ficción es más eficaz que el verdadero, insiste “en considerar a James Bond como un personaje más que real”. Y en su obra **The Graft of Intelligence**, compara a Bond con Rudolph Abel, el agente soviético canjeado por el piloto norteamericano Gary Powers. Comenta Tornabuoni: “Bond sale sin duda victorioso, porque no lleva encima máquinas fotográficas ocultas ni mensajes secretos cosidos en el forro de los trajes, mientras que Abel había cometido parecidas imprudencias”. . . Se trata de algo muy revelador de la identificación emocional e ideológica de los personajes de la vida real con los de la ficción. Es, en realidad, una sugerente coincidencia que nos ilumina sobre la función simbólica que han venido cumpliendo tales obras durante y después de la Guerra Fría. Hay en Allan Dulles una añoranza de perfección, una melancólica aceptación de las limitaciones y fracasos de los espías de carne y

⁵² Lietta Tornabuoni, “Un fenómeno de costumbres”, en *Proceso* . . . , pp. 16-17.

hueso, una admiración por el personaje de **ficción** que lo compromete por entero; no es extraño, entonces, que en los periódicos norteamericanos de la época se refieran a James Bond como si se tratara de un personaje de la vida real; tampoco es extraño que a finales de la década de los cincuenta surja, al menos idealmente, una nueva posibilidad profesional, mucho más ambiciosa que las especialidades técnicas o las vinculadas a la mercadotecnia. En Italia, el semanario **Sorrisi e Gatzoni** publica una encuesta sobre el espionaje, y entonces:

Mujeres de casa, jóvenes de provincias, pensionistas, muchachas inquietas, comerciantes, gimnastas, niños, dependientes, empleados y camareros quieren incorporarse a la carrera de espía internacional, quieren saber dónde y a quién deben dirigirse para llegar a ser agentes secretos, piden toda la información sobre el caso: ¿cuánto se gana, dan el coche, qué edad hay que tener, si se debe saber el judo a la fuerza, si es necesario ser soltero, cuánto cuestan los cursos de espía, si se pueden seguir por correspondencia, ¿se puede ser agente secreto si se tiene miedo de viajar en avión?⁵³

Y por último, un detalle en verdad espeluznante; comenta la autora del trabajo:

Entre millares de preguntas de este tipo, la única pregunta moral es cuantitativa: entrando a formar parte del servicio secreto, ¿a cuántas personas precisamente es necesario matar cada año?⁵⁴

A través de esta encuesta advertimos que el melancólico Allan Dulles no se había quedado solo con su inquietud; por el contrario, miles de jóvenes de distinta condición parecieron responder a su urgencia de contar, en la vida real, con "semejantes James Bonds"...

Frente a la gris y frustrante rutina cotidiana, tenemos aquí la prevalencia "de la energía muscular sobre la reflexión".⁵⁵ No hay que olvidar, por otra parte, que en un mundo castrante y opresivo, que agrede, coacciona y mutila sistemáticamente a los individuos, James Bond goza de un invalorable privilegio: gracias a su identificación como agente 007, tiene **permiso para matar**.

Cabe, además, una observación complementaria: que en una

⁵³ L. Tornabuoni, *op. cit.*, p. 23.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 24.

⁵⁵ F. Antonini, *op. cit.*, p. 193.

época caracterizada por la ansiedad y la inseguridad, James Bond no sólo tiene permiso para matar, sino que "alcanza la ideal conciliación de todo el desenfrenado placer de la anarquía aunado con el más reconfortante calor del seno materno "[léase el seno del sistema. . . M.S.]".⁵⁶

El anacrónico maccartismo

Un aspecto curioso de las actuales novelas de espionaje es que, si tenemos en cuenta los cambios operados en el contexto político internacional, dan la impresión de ser la herencia de una época remota; resultan en muchos casos –y los ejemplos expuestos por Calvimontes parecen demostrarlo– notablemente anacrónicas, no obstante los episódicos intentos de guerra fría que a veces parecen ensombrecer el complejo panorama internacional. Estas novelas no corresponden ya, por su trama y su ideología extremadamente simplista, a la época de la distensión y la convergencia USA-URSS; no corresponden a una época en que se ahonda el enfrentamiento de la Unión Soviética y China y en que los llamados países socialistas toman caminos divergentes en cuestiones ideológicas y en problemas prácticos de política interna e internacional; tienen, tales novelas, una cierta faz arqueológica, un cierto olor a naftalina.

En lo referente a las adaptaciones cinematográficas de Fleming, Andrea Barbato señala el aspecto que estamos subrayando:

Los libros de Fleming, como todos saben, fueron imaginados y escritos en el periodo más opresivo de la guerra fría, entre Corea y la presidencia de Eisenhower, entre la investigación del senador MacCarthy, los inicios del Central Intelligence Agency, la liquidación del imperio inglés y la guerra de Suez. Las películas, por el contrario, han empezado a ser producidas sólo en plena distensión. Este es el motivo de muchas desarmonías y forzaduras polémicas que rozan frecuentemente la propaganda brutal: rusos malvados, orientales asesinos, pandillas de agentes secretos que se enfrentan con arma blanca o disparos de fusil, eslavos infieles. La ambientación es necesariamente improbable y alusiva: países balcánicos, montañas suizas, islas inexistentes del Caribe, hombres y mujeres de nacionalidad incierta. Ante ciertos detalles narrativos, como la divisa soviética de Rosa Klebb (Lotte Lenya) o la hoz y el martillo en el cinturón de los "killers" en **From Russia with Love**, uno se encuentra en el mismo estado de

⁵⁶ *Ibidem*, p. 195.

ánimo de quien abriendo la radio oyese por un incidente técnico el diario de actualidad de hace diez años.⁵⁷

Una novelita coloreada por los más espeluznantes adjetivos –mezcla de novela de anticipación espacial y de espionaje– que circula actualmente en México, es un excelente ejemplo de ese espíritu maniqueo y de esa visión arqueológica de los problemas contemporáneos:

–No sé lo que ocurre en el mundo, señor Walsh –me dijo–, pero ocurre algo.

–¿Comunismo? –le sugerí yo, en voz baja.

Se encogió de hombros, dirigiendo una mirada de soslayo, bastante precavida.

–No lo sé –se evadió–, pero todos parecen enfermos, ávidos de destruir, de acabar con lo poco bueno que se ha hecho en el mundo. No lo entiendo.

–Creo que nadie lo entiende, excelencia. Pero está sucediendo. Es como una mancha de aceite. Se va extendiendo por todas partes.

–Especialmente por el hemisferio sur –dijo de pronto– Maldonado, pensativo.

Le miré perplejo. Era algo que no había advertido. El presidente Maldonado era el primero en hacérmelo notar.

–Cierto –dije–. Especialmente en el hemisferio sur. . .

¿Tiene eso algún significado para usted?⁵⁸

Los informadores creían ver algo oculto, oscuro, inexplicable en aquellos golpes de estado diseminados por el mundo durante finales del verano. Yo, también. Pero eso era sólo una creencia, un presentimiento, un recelo y poca cosa más.

Las protestas de Rusia en ese sentido no las aceptaba nadie como convincentes ni verosímiles. Con razón o sin ella, el Kremlin pagaba los platos rotos del confuso panorama internacional de aquel verano inolvidable.

Nuestros más encendidos antisoviets tenían buena materia para atacar a la URSS desde todos los puntos imaginables, y no desaprovechaban la ocasión. Pero uno se preguntaba si era posible semejante eficacia en sus sistemas de convulsión interna en los países elegidos o de subversión gradual del mundo entero.⁵⁹

Aunque finalmente el mundo no es destruido por la acción de la Unión Soviética sino por la **materia inteligente** que llega de una

⁵⁷ A. Barbato, *op. cit.*, pp. 217-218.

⁵⁸ Addison Starr, *Galaxia 2001*, México, Intermex, 1976, p. 8.

⁵⁹ A. Starr, *op. cit.*, pp. 17-18.

remota estrella, el hecho es que las apocalípticas descripciones de la destrucción de Brasilia, Nueva York, Londres y otras ciudades parecen fundamentar, en los primeros tramos de la obra, la sospecha de una conspiración soviética (encarnación del Mal Absoluto. podríamos agregar) para aniquilar a la humanidad entera.

La moraleja llevaría a pensar que existen peligros todavía peores que los provenientes de la esencial malignidad moscovita... Pero de todos modos la aparición de una Malignidad Estelar no invalida el carácter perverso de los vientos del Este. Al final quedan solos, en el mundo desierto, un nuevo Adán y una nueva Eva, con los cuales recomenzará la historia. Pero cabe preguntar si estos nuevos gérmenes dulcemente incestuosos del género humano habrán olvidado, en los inicios de un nuevo y largo camino, los peligros que acechaban al hombre antes de la letal interferencia cósmica...

En **Misión en París** la atmósfera es muy semejante: el detective Brian Clarke libra una lucha desesperada —mientras piensa en sus próximas vacaciones— para desbaratar el plan de Kaplan y sus secuaces, que “trabajan para una potencia extranjera situada detrás del telón de acero”. El plan: introducirse en una base occidental y lanzar desde allí tres proyectiles atómicos como excusa para destruir luego a los Estados Unidos. Otro personaje, Dupont, comenta con Clarke, en un sótano secreto adonde los habían conducido como prisioneros los hombres de Kaplan:

Conozco todos sus planes. Yo formaba parte de la banda, pero últimamente me negué a hacer lo que ellos querían. No me importa lo que pueda ocurrirme, pero tenemos que evitar que siembren la desolación y la muerte en todo el mundo.⁶⁰

Los ejemplos precedentes confirman las reflexiones respecto a la inactualidad de este tipo de novelas. Son, en efecto, un involuntario homenaje de los fabricantes de subliteratura al peso muerto de la tradición antisoviética en sus más torpes manifestaciones. Es hora de que estos autores se pongan al tanto de la actual configuración política internacional; es hora de que hagan un esfuerzo para ser más sutiles. Sin embargo, y aunque ello no ocurra a corto plazo, podemos prever la aparición de novelas de espionaje en que los papeles ya no se distribuyen a la manera clásica: persistirá sin duda el racismo anglosajón (la superioridad del hombre blanco) y el viejo y glorioso maniqueísmo con algunos

⁶⁰ H. Keystone, *op. cit.*, p. 61.

retoques superficiales. Pero tendrán lugar, eso sí, algunos cambios significativos respecto del escenario; aparecerán aliados de la "democracia" y la "justicia" que, aunque no enteramente confiables, son impensables en las novelas de Fleming y sus émulos. Habrá que esperar. Es sólo cuestión de tiempo.